

mismo año. Y hablando de efemérides y centenarios, vale la pena anotar que Anna Hassler participó en el Programa Oficial Español del Centenario de Federico García Lorca, y en el marco del mismo tuvo ocasión de cantar en 1998, en el Salón de Actos del Instituto Español de Tánger, las Cuatro canciones de Paul Bowles sobre poemas de Lorca. Según nos muestra una de las fotografías de la exposición que se ha desarrollado este mes de octubre en la sala del Instituto Cervantes bajo el título “Los años dorados: Paul y Jane Bowles en Tánger”, entre el público se hallaba, sentado en la tercera fila junto al pasillo, un anciano de 87 años, con aire de dandy desfigurado por una reciente operación, pero completamente lúcido: Paul Bowles, que escuchaba por primera vez en concierto esa composición suya. Era el final de su vida. Anna Hassler cuenta en los comentarios al disco que en una de sus conversaciones Paul Bowles le dijo, refiriéndose a la muerte, que todo lo inevitable es necesario. En ese castellano que dominaba a pesar de su fuerte acento inglés y con el que frecuentemente hablaba con los marroquíes que le rodeaban, como Boulaich, Mrabet, Chukri. Seguramente era necesaria una recopilación musical que recuperase esta dimensión del artista.

A pesar de su universo a veces oscuro y cerrado, a pesar de su visión negativa del mundo, del futuro y de la condición humana, Bowles era una persona afable, amiga de hablar, de recordar, de recibir. Tendido en el salón de su casa hablaba con los que venían a visitarle casi en peregrinación. En una entrevista publicada en un número de 1986 de la revista *Puerta Oscura* un grupo de jóvenes malagueños le preguntaba si iba a continuar su autobiografía *Without Stopping*. La respuesta de Bowles fue lapidaria: “No, porque no hay nada que contar. Desde 1973 no ha pasado nada”.

1973 fue el año de la muerte, en una clínica psiquiátrica de Málaga, de Jane. El Tánger de Ángel Vázquez, Emilio Sanz de Soto, Pepe Carletón, Ramón Buenaventura, Barbara Hutton, o el millonario Malcolm Forbes, esa ciudad internacional que mostró *Déjala que caiga*, se iba desintegrando en la nada. A la vez, la voz musical de Paul Bowles fue cayendo poco a poco en el silencio.

El disco se cierra con un poema que Rodolfo Hassler le dedicó a Bowles y que define esa personalidad inquieta y a la vez sombría que a muchos nos sigue atrayendo. Un poema que nos

sirve para cerrar este comentario de un disco hermoso que ilustra una faceta poco conocida de un autor singular.

El inquilino

Sonaba en la calle una grabación de la cofradía gnawa
 en un charco turbulento
 y el inquilino se despertó confuso,
 con profunda sensación de desamparo.
 Paseó la vista por la habitación en penumbra
 y advirtió que aún faltaba hasta que le sirvieran
 su acostumbrada infusión de especias,
 y con el corazón fúnebre de una rosa
 me confesó que se durmió vestido.
 Le dije que yo también me despertaba
 con sabor a arena en la boca
 y que nunca había asistido a una ceremonia
 secreta
 de ñañigos en Cuba. Él sí.
 El día había comenzado con signo favorable
 y de nuevo se escuchó la música en la calle,
 un grito de mujer, y las palabras dejaron de
 contar
 para ser dulce deleite del idioma
 en el bochorno salobre de la tarde.

Hernández, F. Xavier; Rubio, Xavier, *Breve historia de la Guerra Moderna*. Madrid, Ediciones Nowtilus, 2010, 253 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
 (Universidad de Cádiz)

Con el desarrollo de los modernos Estados nacionales se modificaron muchas de las pautas y constantes que marcaban las relaciones entre los antiguos señores y monarcas feudales, iniciándose lo que actualmente conocemos como “Relaciones internacionales”. El desarrollo de este tipo de relaciones entre unidades políticas soberanas, constituidas como Estados territoriales inter-relacionados, se entiende, tradicionalmente, que podía desarrollarse a través de dos instrumentos básicos: la diplomacia y la guerra.

Ambos conceptos evolucionaron de forma diferente a partir de ese momento, pudiendo marcarse un antes y un después entre su práctica anterior y la desarrollada a partir de la constitución de estos Estados. En este sentido, la guerra pasará de ser un instrumento de agresión al servicio de estructuras políticas inestables a constituirse como un elemento dentro de un sistema mucho más complejo de intereses y

políticas a largo plazo en que pronto pasará a ocupar un papel fundamental.

Este papel primordial de la guerra como instrumento de las relaciones entre los Estados no vendrá motivado tanto por su mayor profusión como por el potencial que puede representar como elemento complejo dentro de la maquinaria de la diplomacia y las relaciones internacionales. De esta forma, la preocupación de los distintos Estados por asegurarse un ejército bien formado, un armamento avanzado y unos cuadros de mando adecuados será primordial no sólo como elemento activo de agresión y defensa, sino también como agente dentro de un complicado engranaje geopolítico.

Esta preocupación de los Estados llevará a que, a partir del siglo XVI, la forma de entender y practicar el ejercicio de la guerra evolucione a un ritmo muy acelerado desde unos modelos organizativos y de armamento que prácticamente habían permanecido inalterables, a excepción de pequeños matices, desde época romana. Esta sorprendente evolución, tanto en el campo del armamento como en el de la organización militar, se desarrolla a lo largo de los últimos cuatrocientos años alcanzando cotas en la actualidad que poco tienen que ver con la guerra caballerisca de finales de la Edad Media.

En la obra que tenemos entre manos se aborda, de una forma sintética, esta historia de la guerra moderna desde su nacimiento, pareja al desarrollo de los primeros Estados nacionales. En este sentido, comienza por realizarse un acercamiento bastante fiable a las formas organizativas de los primeros ejércitos modernos, basados en el uso de la infantería y en la introducción de las primeras armas de fuego, haciéndose hincapié en los procesos de evolución, las contradicciones en definitiva, que marcaron estos primeros años de los ejércitos modernos.

Probablemente el ejemplo principal de estos ejércitos lo constituya el modelo de tercio español articulado a partir de las bases establecidas por el Gran Capitán en las Guerras de Italia a comienzos del siglo XVI. Este sistema de infantería profesional sería la base de los ejércitos europeos durante la Edad Moderna, combinando a los antiguos piqueros, herederos de la tradición medieval, con los primeros infantes armados con arcabuces y mosquetes. Esta lenta introducción de las armas de fuego, aún muy inestables y peligrosas en este

momento, modificarían igualmente otros aspectos de la estrategia militar, especialmente lo relativo a la poliorcética, con nuevos modelos de fortalezas y defensas que se desarrollaron por toda Europa y también, aunque no se señala de forma específica en la obra, en los territorios coloniales de Ultramar.

Por otro lado, este protagonismo de la infantería relegará definitivamente a la caballería, ya puesta en evidencia en episodios singulares de la Guerra de los Cien Años, último vestigio de las contiendas caballerescas y épicas de la tradición medieval. Será precisamente en torno a la evolución de estos cuadros de infantería en torno a lo que gire la evolución de la guerra moderna hasta el siglo XIX, desarrollándose nuevos regimientos de infantería de línea en Estados como Francia, Prusia o Austria que revolucionaran las formas de guerra a lo largo del XVIII.

En este sentido, los cuadros estáticos de los tercios españoles serán relegados y sustituidos por estos regimientos mucho más flexibles, organizados en formaciones más dinámicas, que constituirán ejércitos estables y nacionales, a diferencia de las formaciones mercenarias de los siglos XVI y XVII que combinaban en su actividad la guerra y el pillaje. Así, el desarrollo de Estados centrales mucho más poderosos permitirá la creación de ejércitos estables y formados que constituirán la imagen de la infantería clásica europea. De esta forma, no sólo es destacable la evolución en los sistemas organizativos y de gestión, sino asimismo los avances tecnológicos que permitirán una optimización del uso de armas de fuego, pasando de los inestables arcabuces del XVI al moderno fusil con bayoneta tan característico de las guerras de los siglos XVIII y XIX. Del mismo modo puede hablarse de los modernos cañones y morteros de bronce, muy evolucionados ya a finales de la centuria ilustrada.

Estos avances tecnológicos, potenciados igualmente desde unos Estados que cada vez cuentan con mayores recursos, serán el motor fundamental de la evolución de la guerra moderna durante la Edad Contemporánea. En este sentido, fenómenos como la Revolución Industrial también marcarán la evolución de las formas de hacer la guerra, incorporando elementos como el acero, de gran importancia en un primer momento en la marina, o la máquina de vapor, igualmente importante en la

construcción de barcos pero también como medio de transporte de tropas y pertrechos a través del ferrocarril.

Este avance técnico tan importante inaugurará una nueva fase en los siglos XIX y XX en que la guerra evolucionará a un ritmo muy acelerado gracias a continuos avances en cada uno de sus elementos y componentes. Así, cada una de las armas se mejora y moderniza permitiendo, por ejemplo, el desarrollo de modernas ametralladoras automáticas a comienzos del XX o la creación de armas ligeras como el revólver a mediados del XIX. Del mismo modo, el trabajo de técnicos y científicos permitirá, en el inmenso laboratorio que sería la I Guerra Mundial, el desarrollo de los primeros modelos de aviación de guerra, de carros de combate blindados o de nuevas armas y estrategias como la guerra química. Todo este tipo de ingenios se desarrollará enormemente en la primera mitad del siglo XX, alcanzando en la II Guerra Mundial una capacidad mortífera y de destrucción nunca antes alcanzada en ninguna forma de guerra convencional. Este cambio devaluará el peso del factor humano en los ejércitos, potenciando como factor decisivo el control y desarrollo de este tipo de tecnologías de la muerte.

Esta evolución probablemente alcance su punto culminante en la segunda mitad del XX, cuando el desarrollo de armas de destrucción masiva como el armamento nuclear sea la clave no ya del conflicto armado, sino de las relaciones entre Estados como factor de diplomacia y disuasión. Esta nueva etapa, iniciada en la Guerra Fría, nos permite distinguir de una parte entre la carrera de armamento a gran escala como factor disuasorio y, de otra, la proliferación de guerras regionales, más convencionales, controladas a través de intereses de terceros países o, incluso, por empresas y compañías que aplican el modelo de capitalismo neoliberal también a la industria de la guerra, inaugurando un nuevo proceso que aún no sabemos hasta donde pueden alcanzar.

La obra, en su conjunto, constituye una síntesis muy lograda de la evolución de las distintas formas de guerra en los últimos cuatrocientos años, haciendo especial hincapié en las fórmulas organizativas de los ejércitos y en el desarrollo tecnológico de las distintas armas y elementos materiales. Precisamente, este carácter sintético impone un tratamiento limitado de cada una de las distintas temáticas tratadas, por lo que se

sacrifica una cierta profundidad en temas que lo demandan, por ejemplo en las consideraciones de carácter geoestratégico o de relación con los intereses de los distintos Estados en pugna, para ofrecernos un pequeño manual de introducción a la historia militar que puede resultar muy útil para diversos enfoque disciplinares. En cualquier caso, su lectura resulta muy recomendable pues permite comprender y analizar de forma mucho más certera determinadas claves de las relaciones internacionales en las últimas centurias, a la par que es una obra de consulta muy adecuada para el análisis de cualquier conflicto bélico.

Morla Lynch, C., *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano, 1936-1939*. Salamanca, Editorial Renacimiento, 2008, 830 pp.

Por Rafael Zaragoza
(Universidad de Cádiz)

Tras la defensa de una supuesta República liberal y democrática -inexistente al final- por parte de la historiografía afecta a la izquierda española no se encuentra sino el afán por legitimar el comportamiento antidemocrático de uno de los dos bandos que llevaron a la mayoritaria tercera España liberal a la guerra: el bando frentepopulista, un conglomerado de fuerzas jacobinas y revolucionarias bajo la coordinación de Stalin.

No en vano la legitimidad democrática republicana había comenzado a tambalearse tras la revolución izquierdista del 34, las irregulares elecciones del 36, la quiebra de la legalidad durante la llamada “primavera trágica”, el cese anticonstitucional del Presidente de la República y el asesinato de uno de los jefes de la oposición bajo el amparo del gobierno frentepopulista, entre otros sucesos. Y se había desmoronado con la decisión gubernamental de dar armas a organizaciones particulares.

Como señala Stanley Payne en el Prólogo de *La guerra civil española* de Burnett Bolloten (Alianza, 1989), ya durante la propia guerra civil, “los partidarios y propagandistas de la revolución la presentaron sistemáticamente como algo completamente distinto a lo que era”, pues percibían la importancia del apoyo internacional. Algo que por otra parte ya había demostrado el propio Bolloten desde *El gran engaño* (Hollis and Carter, 1961).